

GONZÁLEZ MARTÍNEZ, CARMEN, *GUERRA CIVIL EN MURCIA. UN ANÁLISIS SOBRE EL PODER Y LOS COMPORTAMIENTOS COLECTIVOS*, MURCIA, UNIVERSIDAD DE MURCIA, 1999, 333 PP.

Ángeles Barrio Alonso*

*Universidad de Cantabria, España. E-mail: barrioa@unican.es

Recibido: 14 abril 2020 / Revisado: 16 abril 2020 / Aceptado: 16 abril 2020 / Publicado: 15 junio 2020

El libro de Carmen González fue, en el momento de su publicación, una aportación relevante a los estudios sobre la Guerra Civil española, que ofrecía una visión realista y objetiva de la complejidad del conflicto social en Murcia en el marco de las reformas de la Segunda República como antecedentes de la guerra, y la revolución social que estalló, tras el fracaso del golpe militar del 18 de julio. Su mérito, sin embargo, no se reducía a ser una mera ampliación del conocimiento sobre los poderes revolucionarios surgidos en el verano de 1936 y la vida en la retaguardia en una zona en la que no había triunfado la sublevación militar, sino en que la autora reivindicaba, además, una interpretación de la Guerra Civil antagonista de la instrumentalización política que el conservadurismo historiográfico –tanto el de la historiografía patria proclive al franquismo, como el de algunos hispanistas anglosajones–, había hecho de la Segunda República y su “trágico” final, como una especie de apoteosis de las “dos Españas”. Objetividad y originalidad de análisis, por un lado, y compromiso ético, por otro, le daban al libro un valor añadido. De ahí que, desde la perspectiva de los veinte años transcurridos desde entonces, y teniendo en cuenta el contexto historiográfico en el que aquella investigación de tesis doctoral había dado origen al libro, el trabajo de Carmen González represente, en cierto modo, el compromiso de una generación de historiadores autóctonos con la renovación de una historiografía, como era la de la Guerra Civil, que exigía, además del obligado rigor metodológico, un plus de determinación para cuestionar, como hacía la autora del libro, el sesgo de aquellos discursos que, bajo una aparente neutralidad, condenaban moral-

mente toda tentativa de transformación social por mor de una idealizada estabilidad política.

El libro partía de un enfoque que aspiraba a trascender los límites de una simple historia regional o de una recreación histórica factual de situaciones y personajes locales, y se proponía explorar los comportamientos colectivos en una coyuntura en la que el poder cambiante determinaba la vida de los individuos y de la colectividad. Un punto de partida ambicioso, como se ponía de manifiesto en la formulación de objetivos del trabajo, idóneo para adentrarse en el análisis del proceso de revolución social que provocó la sublevación militar del 18 de julio en la región de Murcia, donde el predominio de la actividad agraria había determinado tradicionalmente el desarrollo económico y las mentalidades, hasta que las reformas de la Segunda República alentaron algunos cambios en los comportamientos políticos y una cierta movilización social. El marco de referencia de la investigación era la peculiaridad de la continuidad histórica, a diferencia de otras regiones españolas, que se dio en la región de Murcia entre 1931 y 1939, al haber fracasado el golpe militar del 18 de julio y haberse mantenido fiel a la República hasta el final de la guerra. Su planteamiento, en este sentido, rompía con la periodización tradicional del objeto de conocimiento, y situaba la investigación en línea con los nuevos abordajes metodológicos de una renovación que, tras las primeras tentativas de cambio en los años ochenta, se consolidaría en los noventa, ampliando los umbrales de análisis del conflicto y poniendo en cuestión algunas de las interpretaciones de la guerra más difundidas.

Tras la muerte de Franco, la Guerra Civil se había convertido en un tema de investigación privilegiado, en parte por el interés de los historiadores jóvenes que, además, se encontraron con una mayor facilidad de acceso a ciertas fuentes, pero también por la demanda social de conocimiento de un pasado que, a costa del mito de la victoria providencial de la “España eterna” del franquismo, había sido escamoteado a varias generaciones de españoles. Los cambios políticos y sociológicos de la transición democrática alcanzaron de lleno al mundo académico en los años ochenta, con la creación de nuevas universidades y el aumento de las cifras de estudiantes y de profesores, que, en el caso concreto de la Historia, supusieron una expansión en todas direcciones de la investigación y la producción historiográfica. Una de las ramas más beneficiadas en el proceso general de crecimiento fue la historia regional y local que, al calor del desenvolvimiento institucional del mapa de las Autonomías y el interés de muchos ayuntamientos y corporaciones locales por desempeñar un papel cultural más activo en la vida comunitaria, creció de manera inusitada en los años ochenta y noventa, a expensas de la propia coyuntura de demanda social. A pesar de que no todo fue originalidad y avance en aquella ebullición en la que, desafortunadamente, también prosperó un empirismo localista injustificable, hoy, después de más de tres décadas de crecimiento sostenido, la contribución de la historia regional al proceso general de maduración de la historiografía española en su objetivo de acompañar su ritmo de crecimiento, en calidad y cantidad de producción, al de la historiografía internacional, es innegable. El libro de Carmen González es un exponente más de ese proceso de construcción de la historia nacional desde las regiones, y no a la inversa.

Las celebraciones del cincuentenario de la Guerra Civil en 1986, como en 1981 lo había sido las de la proclamación de la Segunda República, o en 1984 las de la revolución de octubre de 1934, fueron una oportunidad para el reencuentro de la sociedad española con un conocimiento objetivo y desapasionado de la historia de los años treinta. Las publicaciones académicas que sucedieron a los congresos, simposios y seminarios científicos celebrados en esos años, se sumaron a la ya prolífica y heterogénea bibliografía existente sobre la Guerra Civil que, en su mayor parte, se había publicado fuera de nuestras fronteras. Los cincuentenarios sirvieron para desempolvar los “clásicos” prohibidos por el franquis-

mo, como los de Thomas, Brennan, Southworth, Bolloten, Tuñón de Lara, etc., para presentar al gran público obras de historiadores extranjeros promocionadas por potentes campañas de empresas editoras, también para divulgar en diferentes formatos obras colectivas, como las que publicó el diario *El País*, firmadas por historiadores extranjeros y españoles muy conocidos, en las que la guerra aparecía analizada desde la economía, las relaciones internacionales, la cultura, las ideas, y sus protagonistas, y no solo desde el punto de vista de las campañas militares. La televisión pública produjo documentales y auspició debates de contenido histórico, hubo también exposiciones con materiales documentales gráficos o cinematográficos, de gran interés; y, en general, se trató de proyectar a la sociedad española una imagen de la Segunda República, de la Guerra Civil y de sus protagonistas no dura o deshumanizada, sino matizada y compleja. Pero las celebraciones de los cincuenta años, tanto de la república como de la guerra, no tuvieron carácter oficial. Más aún, en el caso concreto de la Guerra Civil, el gobierno socialista optó en 1986 por no hacer espectáculo sino exaltación del espíritu de reconciliación, una actitud muy en consonancia con la cultura tolerante democrática. Sólo en los círculos de nostálgicos del franquismo hubo algunas manifestaciones de exaltación patriótica de un pasado ante el cual, el gobierno de la nación se ponía pacíficamente de perfil. La cuestión fue que, probablemente, por la falta de tradición de escuelas historiográficas autóctonas, y por el propósito generalizado de que las disputas del pasado no empañasen el camino hacia el futuro, los historiadores dejaron pasar la oportunidad de abrir la polémica sobre el periodo, que quedó pendiente.

Ahora bien, que no hubiera polémica historiográfica a raíz de los cincuentenarios en los años ochenta, no quiere decir que faltaran en los noventa las consideraciones críticas por parte de los historiadores especializados en el periodo. El trabajo de Carmen González forma parte, de hecho, de esa corriente que había decidido cuestionar algunos tópicos esencialistas sobre la relación entre la Segunda República y la Guerra Civil. Empezando por la periodización, los planteamientos cuestionados fueron los que afectaban a la interpretación “clásica” de la guerra, la más extendida entre los historiadores anglosajones de orientación conservadora, que habían establecido el principio de la inevitabilidad del conflicto y la guerra civil como el colofón de un

proceso histórico que tenía en la república fracasada su punto álgido. Desde ese punto de vista, la fecha del 18 de julio de 1936 abría una etapa histórica diferente a la del 14 de abril de 1931. Establecer una cesura entre la Segunda República y la guerra sólo era admisible en periodizaciones convencionales por su funcionalidad didáctica, pero carecía de justificación metodológica para la investigación. Julio Arostegui fue uno de los que primero impugnó la explicación de la Guerra Civil como el final de una etapa, defendiendo el marco explicativo de la coyuntura de medio plazo, como la de la crisis de los años treinta, para situar los acontecimientos del golpe militar, la guerra y la revolución social que tuvo lugar en la España “republicana”, tanto como el nacimiento del nuevo Estado en la España “nacional”. Como señalaba Juan Andrés Blanco, de hecho, la sublevación militar y el inicio de la guerra como punto de ruptura evidente, no significaba el nacimiento de una nueva etapa, sino la continuidad de la República, pero en guerra. El trabajo de Carmen González, en el que la etapa de la República daba las claves para poder entender la deriva posterior del proceso iniciado en 1931, en la que la guerra actuaba como condicionante, apuntalaba sobradamente la hipótesis restando consistencia a la interpretación de una república sectaria e incapaz, condenada inevitablemente al fracaso.

En el libro, el análisis de los aspectos institucionales de la vida en la retaguardia se fundían con los propios de una auténtica historia social, que más allá de las organizaciones de partidos y sindicatos y de las instituciones de poder, trataba de profundizar en los sujetos sociales, en la sociabilidad, en las redes creadas de solidaridad desde abajo, características de las comunidades agrarias, en el papel de las mujeres, o en el ejercicio de la violencia y la represión, por citar sólo algunos de los aspectos tratados más relevantes dentro del conjunto. Ciertamente que no era un estudio antropológico, ni de historia cultural, no había análisis de elementos simbólicos, por ejemplo, ni tampoco una caracterización de las creencias o la religiosidad, pero las referencias a los resortes básicos de los comportamientos colectivos, como el miedo o la frustración, además de los específicos de las ideologías y las identidades de clase, estaban presentes en el trasfondo del discurso y formaban parte de la argumentación general. Es decir, junto a los datos empíricos, Carmen González presentaba siempre la conceptualización adecuada utilizando categorías interdisciplinares en sintonía con el desplie-

gue analítico. El mismo rigor se hacía manifiesto en la utilización de las fuentes, tanto de las locales, como los archivos municipales de Cieza, Lorca, Mazarrón, etc., como de la documentación de partidos, sindicatos y corporaciones, locales y nacionales, de los Tribunales populares de Murcia, de los juzgados, la información de la Causa General de Murcia, de la Sección Político-social del Archivo de Salamanca, o del Archivo Histórico Nacional, entre otros centros documentales, así como de la prensa, panfletos, etc., lo que le permitió cuantificar y caracterizar, no solo la solidaridad y el humanitarismo que se puso en práctica en la retaguardia, sino también las distintas formas de violencia política y de represión, un aspecto de la Guerra Civil que, desde los años noventa hasta hoy, no ha dejado de inspirar una agenda de investigación que se ha mostrado especialmente fecunda desde los enfoques locales y regionales.

Incorporar el pasado oculto que representaba la represión, el estudio de las víctimas, las distintas formas en que se materializó la violencia, tanto en las zonas rurales, como en las ciudades, la oposición interior, las coacciones, eran una novedad en la historiografía de los noventa, pero como variables analíticas enseguida demostraron su potencial esclarecedor y pasaron a formar parte de la agenda temática de la guerra, junto a los protagonistas políticos, las maniobras militares, o las dimensiones internacionales del conflicto, que eran los temas que más interés habían suscitado tanto para la historiografía académica, como para el gran público. Carmen González había puesto el énfasis en el análisis de los entresijos del conflicto, en el coste humano de la guerra, en la resistencia y la supervivencia, llevando con su enfoque local perspicaz lo particular, lo concreto, lo secuencial, al terreno de lo general, de lo estructural, en un esfuerzo por interpretar los comportamientos colectivos desde la racionalidad del análisis de las relaciones de clase y las culturas políticas. En el libro, frente a la solidaridad, aparecía la violencia, cuyo clímax en Murcia tuvo lugar entre agosto y septiembre de 1936, en un proceso de psicosis colectiva que, como en otros muchos lugares de España, llevó a asaltos a las cárceles y a las sacas de presos, en la prevención de la famosa “quinta columna”, y que, también en Murcia, fue abortado por las autoridades republicanas, que trataron de someter a norma jurídica la represión sobre “derechistas” o “fascistas”. Además de inventariar la violencia, Carmen González la conceptualizaba desde una

perspectiva interdisciplinar, a través de la violencia grupal, la tipología de las víctimas, la destrucción de símbolos religiosos, las explosiones de sacrofobia, la justicia popular -como se llamaba a la acción de los nuevos tribunales de justicia en la guerra- o de las extorsiones económicas, integrando aquellas manifestaciones del conflicto, prácticamente, inexploradas hasta entonces, que formaron parte del sumario de una investigación que desbordaba con creces los límites de un estudio de caso.

El libro *Guerra Civil en Murcia. Un análisis sobre el poder y los comportamientos colectivos*, pese a su modestia, fue una obra pionera en algunos aspectos, que se salía del canon habitual de una simple historia local para adentrarse con éxito en territorios metodológicamente más comprometidos. Tras su publicación en 1999, su autora mantuvo la línea de trabajo abierta, pero no dejó de ampliar en lo sucesivo periodos y enfoques, con el mismo compromiso de rigor y honestidad historiográfica que supo transmitir a quienes han sido sus discípulos y colaboradores.